

fusión extremada: las sillas fueron invadidas durante cinco minutos; se empujaba, se atropellaba, se aplastaban. Poco á poco, sin embargo, se restableció la calma, acudieron los guardias hicieron colocar, arrimados á las aceras los carruajes víctimas del accidente, obligaron á los demás á ponerse en marcha, y los curiosos, satisfechos ya, empezaron de nuevo su paseo.

Pero entonces, en la esquina de los Campos Eliseos y de la avenida Marigny, en el centro del grupo de que más especialmente nos hemos ocupado hasta ahora, se oyó resonar un grito terrible, al que siguieron inmediatamente estas palabras:

—¡Mi hija! ¡mi hija! ¡me han robado mi hija!

V

Ciertos gritos tienen el privilegio de sacar á los más indiferentes de su egoísmo natural. Sucédeles que en medio de la noche oyen las voces de ¡ladrones! y apenas si por curiosidad abren las ventanas para mirar á la calle.

Porque ¿qué riesgo corren? La casa está cerrada, los cerrojos echados. Al día siguiente habrá tiempo de preguntar el nombre del robado y de compadecersele su suerte. Pero si son despertados por el grito de ¡fuego! ¡fuego! al momento se visten apresuradamente, salen de su habitación, llaman á la puerta del vecino y no se acuestan hasta después de haber ayudado á extinguir el incendio. Esta última voz de alerta les interesa directamente: siéntense expuestos á un peligro; sus intereses, su vida acaso se hallan amenazados.

Lo mismo sucede con ciertas quejas, con ciertas voces de auxilio desesperadas; despiertan á los tímidos y conmueven á los más valientes. No hay nadie que pueda permanecer insensible á las quejas de una madre que pide á su hijo arrancado de sus brazos, y que, hacía poco, cubría de besos. La otra madre, que sentada cerca de ella, tiene la dicha de estrechar sobre su corazón á su pequeñuelo, al abrigo de todo peligro, no se conmueve menos con las lágrimas que ve correr; ¿no tendrá que verterlas algún día por un motivo análogo? ¿Todas las madres no se hallan expuestas á las mismas alarmas, á los mismos infortunios? Aquel gran dolor la hiere también y llora, no por la suerte de una extraña, sino por los

peligros que corren los suyos en último resultado; ¿hay precisión de tener hijos para compartir los sufrimientos maternos? Se comprenden, se adivinan, se sienten por instinto. El amor á la familia es innato en el hombre, y aun cuando se esté privado de la inefable dicha de ser padre, no se conserva menos en el fondo del corazón, y á pesar de una aparente indiferencia, una especie de culto por esas pequeñas criaturas que le recuerdan á uno lo que ha sido, le rejuvenece y le hace vivir en el pasado.

Por eso todos los que oyeron las palabras «¡Mi hija! ¡mi hija! ¡Me han robado mi hija!» se volvieron conmovidos y buscaron entre la muchedumbre á aquella que pedía auxilio con tanta desesperación.

Era la joven cuyo retrato hemos bosquejado al principiar este relato.

Después de haber lanzado el grito que había herido el corazón de todos los que la rodeaban, se subió en la silla donde estaba su hija unos minutos antes, y sola ahora, dirigía alrededor miradas extraviadas.

Avanzaron dos personas, la cogieron la mano y trataron de hacerla bajar para interrogarla. Ella se resistía defendiéndose.

Le parecía sin duda que desde aquel sitio,

que dominaba á la multitud, percibiría más pronto á su hija, sabría de qué lado debería dirigirse para reunirse á ella y prestarla su auxilio; pero otras personas habían tenido la misma idea que ella, y subidas también en las sillas, miraban por todas partes.

No la pudo ver; entonces se bajó y se mantuvo en pie.

Estaba horriblemente pálida, apenas podía sostenerse; un temblor nervioso agitaba sus manos y sus rodillas flaqueaban.

—Señora, señora—la decían,—valor. Vuestra hija no puede haberse perdido, de seguro que la encontraréis. Recordad lo que haya pasado, dadnos detalles y os ayudaremos á buscarla.

Pero la joven parecía no comprender lo que se decía á su lado, y miraba en línea recta por entre la muchedumbre.

Entonces, alguien exclamó:

—¿Para qué interrogarla? Sus primeras palabras nos lo han hecho saber todo: su hija, ó se ha perdido, ó se la han quitado: busquémosla, y que se esté la madre aquí, en este mismo sitio, hasta que volvamos.

—Tiene razón—dijeron.

Diez personas se dirigieron al momento en todas direcciones; unos corrieron hacia el Rond-

29758

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
INDA. 1625 MONTERREY, MEXICO

Point, otras bajaron por los Campos Eliseos; muchas, sin alejarse demasiado, recorrieron los alrededores del sitio de la ocurrencia, penetrando en los diversos grupos que allí había.

Al mismo tiempo, la joven prestó ya más atención á los que la rodeaban. Los miraba y parecía comprender la necesidad de responder á las preguntas que la dirigían.

Pero no podía hablar aún.

Trató, sin embargo, de hacerlo: sus dientes chocaban entre sí; ningún sonido salía de su garganta, nerviosamente contraída.

Por fin, en fuerza de su voluntad enérgica, articuló algunas palabras. Su voz, confusa al principio, se fué haciendo cada vez más distinta. Sus palabras eran breves, sus frases entrecortadas, pero se podían entender.

—Yo estaba allí, hacía una hora... sola con mi hija, mi pequeña Luisa... mirábamos pasar los carruajes... Yo la tenía en brazos... ella se entretenía mucho... ¡Ah, cuán feliz era yo!... Pero no es eso lo que debo decir... son sus señas lo que necesitáis... Tiene tres años y medio... pero es muy fuerte para su edad... parece que tiene más de cuatro años. Lleva un vestido blanco, bordado... se llama Luisa... ¡Ah, creo que ya lo he dicho todo... no, perdonadme, olvido algo!

Y se detuvo para tomar aliento.

Muchas mujeres lloraban junto á ella. Los hombres, poco impresionables de ordinario, enjugaban furtivamente una lágrima.

Ella no lloraba.

Al rededor de aquella madre desolada, de aquellas personas conmovidas, los paseantes continuaban discurrendo alegremente, sin ocuparse del drama que ocurría tan cerca de ellos. Se saludaban, se sonreían, se cambiaban frases alegres. Los vendedores ambulantes hacían oír sus voces pregonando las mercancías; los caballos del tío Vivo, cargados de niños, daban vueltas al compás del tambor; las cabras, uncidas á cochecillos liliputienses, sacudían sus cascabeles, y la orquesta del teatro Guignol anunciaba á los niños que se iba á levantar el telón.

Continuó del modo siguiente:

—Había olvidado decir que lleva una banda azul alrededor del talle y un gran lazo detrás. Sus cabellos forman bucles y caen sobre sus hombros; es rubia, muy rubia... ¡Ah, sus pies están calzados con botinas blancas... no azules... como la banda!... Iba á ponerla unas blancas, pero no la sentaban bien, y la puse las azules... Señores, por favor, en vez de estar aquí, buscadla, os lo ruego; yo no

puedo... me es imposible... Si volviere... Pero si no podría andar... si mis piernas se doblan... ¡Ah, me siento morir!

Sus fuerzas la hicieron traición. Viéronse obligados á sostenerla y á sentarla en un sillón. Pero, siguiendo sus indicaciones, otras personas se habían separado del grupo, poniéndose en busca de la niña.

Al rededor de la desconocida, se empujaba, codeándose y casi asfixiándose, la muchedumbre. Los curiosos se sucedían unos á otros, tratando de ver ó de oír algo y, cuando no podían conseguirlo, preguntaban á los que estaban cerca de ellos, casi siempre tan mal enterados del suceso como ellos mismos. Otros se subían á las sillas. Una niña gritó: «Papá, yo quiero verlo.»

El padre subió á la niña sobre sus hombros y la levantó por encima de todos.

Al percibir aquella diminuta cabeza que se levantaba de repente, la joven madre creyó reconocer en ella á su hija que se la traían, á su hija que le era devuelta. Dió un grito de alegría y alargó los brazos. No era su hija, la ilusión fué de corta duración.

La muchedumbre aumentaba.

—La vais á ahogar—decía un joven,—la falta aire.

Nadie tuvo en cuenta aquella observación. Las muchedumbres podrán ser compasivas; pero son más que nada curiosas.

Un guardia que se había ido á buscar había tiempo, llegó felizmente. Hendió el grupo, haciendo echarse atrás á los más próximos á la joven madre. Ya hubo más espacio alrededor suyo. Al mismo tiempo se reanimaba y respondía á muchas preguntas precisas.

Cuando llegó á los Campos Elíseos, á eso de las cuatro, había poca gente, relativamente poca en el paseo, y creyó que podía acceder al deseo de su hija colocándose con ella junto á la carretera, para ver pasar los carruajes...

Bien pronto aumentó el número de los paseantes en proporción considerable; pero no corría peligro alguno; paseaba todo el mundo, y no había grupos muy grandes de personas paradas... Poco á poco se vió rodeada por todos lados: las dos filas de sillones, que hasta entonces la habían protegido, habían sido desordenadas... Quiso marcharse; pero, ¡ay! su niña la decía: «No, no, mamá querida, estate más tiempo, me gusta mucho...» Tuvo la debilidad de ceder y sintiéndose cansada de estar en pie, se volvió á buscar una segunda silla para sentarse, sin quitar á la niña de donde estaba... Vió un sillón que acababa de que-

dar desocupado, dió un paso atrás para cogerle... y en el mismo instante se produjo el choque de los carruajes de que hemos hablado antes, precisamente delante del sitio en que ella estaba. Fué empujada hacia atrás un gran trecho y se vió separada de su hija... Vuelta al sitio donde la había dejado, se encontró la silla vacía.

—Pero acaso algún amigo vuestro habrá conocido á la niña, y viéndola sola, la habrá cogido en sus brazos hasta encontraros—la dijeron.

—No, no—respondió,—no he estado separada de mi hija ni medio minuto: la hubiesen preguntado algo y mientras hubiese tenido tiempo de volver. Estoy segura—exclamó con más fuerza,—¡que la acechaban y me la han robado!

—¿Sospecháis de alguien? ¿Habéis visto alguna persona sospechosa rondando á vuestro alrededor?

—No—dijo.

En aquel momento, una señora de alguna edad, silenciosa hasta entonces, ingresó en el grupo, y dijo:

—¡Yo la he visto! ¡sí, yo la he visto!

VI

Al momento la joven se dirigió á la que acababa de hablar, cogió con fuerza sus manos, y sin quitar la vista de su semblante, la dijo:

—¿Qué habéis visto? ¿Qué sabéis?

—Estaba yo muy cerquita de aquí—replicó la señora.—Ahí junto á ese farol... No prestaba atención á los que á mi lado estaban, miraba los carruajes como todo el mundo... En el momento en que se produjo en la avenida aquel choque de carruajes, me vi violentamente empujada, sacudida y rechazada hasta aquí. Me volví con intención de protestar, y entonces vi una mujer cubierta con un velo, que cogía á la niña en brazos y se la llevaba por allí... Creí que sería su madre ó el aya; y no dije nada, ni di importancia al hecho. Y en último resultado, no hubiese podido hacer nada: la mujer pasó por delante de mí muy deprisa, y las personas que se habían separa-

do para dejarla pasar se juntaron de nuevo, y al momento la perdí de vista.

—La niña que llevaba—preguntó uno,—¿gritaba, no quería ir?

—Sí, me pareció oírla chillar, pero me dije: querrá estar más tiempo: quieren sacarla de entre tanta confusión, y hacen muy bien.

Entonces se interrogó á la testigo sobre el traje y la estatura de la mujer que se la llevaba, se la abrumó entre todos con mil preguntas.

La madre no decía nada, pero no dejaba de escuchar y de mirar por todas partes. Sus ojos permanecían secos.

Muchas personas la aconsejaron que se volviese á su casa.

—Estaréis allí mejor que entre tanta gente—la decían.—Daremos las señas de vuestra casa á los comisarios de policía del barrio, y os llevarán vuestra hija en cuanto la encuentren.

—¡No, no!—decía ésta con fuerza,—¡no me marcharé, no me muevo de aquí hasta que parezca; quiero morir en el sitio donde la he perdido!

Alguien hubo que se aventuró á decir:

—¿Y si la hubiesen llevado ya á vuestra casa?

—¡Ah!—exclamó,—no es para llevarla á mi casa para lo que me la roban!

—Nada hay que pruebe que os la hayan robado—replicaron varias personas á la vez;—esa señora ha podido engañarse, había más de una niña por aquí. La desconocida, que ella ha tomado por madre de la niña, podría serlo efectivamente.

—¡No, no! es una ladrona de niños, buscarla... ¡Ah! pero no la encontraréis, estará ya muy lejos... muy lejos... ¡Oh, Luisita mía, mi pobre Luisa!

De repente, las lágrimas, tanto tiempo comprimidas, se escaparon de sus brillantes ojos.

Un oficial de guardias entró en el círculo, hizo toda clase de preguntas, y tomó informes de la joven á quien tantos rodeaban. Esta vez, por fin, pudo responder medio sollozando.

Al mismo tiempo, la mayor parte de las personas que se habían puesto en busca de la niña, volvieron sin tener noticia ninguna. Habían visto á muchas niñas, cuyas señas correspondían con las de Luisa, pero iban acompañadas todas de sus padres y muy alegres para que se pudiese sospechar que acababan de ser separadas á viva fuerza de su madre.

Tan sólo un joven había estado durante breves instantes sobre la pista de la niña. Al

bajar por la avenida Gabriel, vió á una mujer que marchaba apresuradamente, llevando en sus brazos una niña con un traje blanco. Se dirigió al momento á seguirla los pasos, pero los paseantes eran muy numerosos en aquel sitio y le separaron varias veces de la que seguía, haciéndole perder sus huellas por un rato... La volvió á encontrar en el instante en que subía en un coche en la plaza de la Concordia delante del Guarda-Muebles. Corrió con todas sus fuerzas, hizo señas al cochero de que no anduviese; éste obedeció órdenes perentorias, sin duda, apoyadas en seductoras promesas; dió un latigazo á los caballos y desapareció rápidamente por la calle de Rivoli. Era imposible seguirle: todos los carruajes venían del Bosque y se hallaban ocupados.

Estos informes daban mucha fuerza á la declaración anteriormente hecha.

No podía ya dudarse. La mujer sorprendida en el momento en que arrancaba á la niña de la silla donde estaba, y se la llevaba en sus brazos, debía ser la misma persona que se había visto subir á un carruaje y huir por la calle de Rivoli. Interrogados aisladamente por el oficial de guardias, los testigos, dieron sobre la estatura, el traje y el aspecto de la mujer, detalles idénticos en absoluto.

La joven madre había oído en silencio aquella narración y las observaciones hechas, y se había contentado con decir:

—¡Ya veis claramente que me la han robado!

De ese mismo parecer era el oficial; sin embargo, para asegurarse más, no pareció dar gran valor á las declaraciones que acababa de oír. Se apresuró á hacer observar que una sumaria ligera bastaría para encontrar al cochero en cuestión, y que éste ayudaría á descubrir á la incógnita.

—¡Sí, sí; la ha llevado á su casa!—exclamó la infortunada joven.—¡Ah! pero habrá cambiado de carruaje... habrá... acaso salga ahora mismo de París con mi Luisa... ¡Oh! señor, avisad pronto... tomad medidas urgentes, dad órdenes... disponed de todo cuanto yo tengo, hasta encontrar á mi hija.

—No se omitirá nada, señora, pero vos no debéis estar aquí más tiempo. El grupo que se ha formado alrededor vuestro impide la libre circulación; debe cesar ese desorden. Además, debéis ir inmediatamente á casa del comisario de policía á darle cuenta de lo que os ha sucedido.

Esta última observación pareció conoverla más.

—¡Vamos!—dijo resueltamente.

Se levantó y dió algunos pasos. De repente se paró, y dijo:

—Y si volviere aquí otra vez. Muchas personas la prometieron esperar, y un guardia recibió el encargo de no alejarse de allí, y que tratase de recoger nuevos informes.

El oficial, después de haber conseguido encontrar un carruaje, hizo subir en él á la joven y se sentó á su lado. Iba de uniforme, y los paseantes murmuraban:

—Esa es una mujer á quien detienen por ladrona; sin duda hay muchas de esas en donde hay gran confusión de gente.

Llegaron á la Comisaría de policía de los Campos Eliseos. Se tomó nota del nombre, apellido y señas de la querellante.

Llamábase Marcela de Baud, y era viuda.

—¿Perteneceís, señora — preguntó el comisario, — á la familia del señor Baud, antiguo diputado de las costas del Norte?

—Era mi marido — respondió.

—¡Ah! — dijo el comisario, levantándose. — Yo he conocido mucho al señor de Baud durante mi permanencia en Saint-Briene, y le debo mi posición. Es decir, señora, que estoy por completo á vuestras órdenes.

Después reflexionó un instante y añadió:

—¿Hará cerca de cinco años que vuestro

esposo ha muerto, si no estoy trascordado?

—Si señor — dijo ella tímidamente.

—Entonces os habéis equivocado al declarar que vuestra hija tenía tres años y medio.

La joven se puso encarnada, bajó la cabeza y no respondió nada.

Diversas preguntas la hicieron, y después de haberla prometido tenerla al corriente de lo que ocurriese, la aconsejaron que se marchase á su casa.

Subió sola á un carruaje que la llevó á la calle de Amsterdam. Durante el trayecto, un rayo de esperanza reanimó el corazón de la señora de Baud. ¿Si no habría sido robada su hija como muchas personas lo habían dicho? ¿Si la niña, arrancada de la silla y metida á la fuerza en un coche, no sería su pequeña Luisa? ¿Si esta última, al verse sola, llena de miedo, se habría echado en brazos de cualquier persona extraña, que, creyéndola perdida, no habría querido dejarla entre aquella confusión de gentes? La niña sabía las señas de su casa; hacía mucho tiempo que Marcela se las había enseñado, y todos los días la obligaba á que las repitiese. ¡Acaso hubiese sido llevada á su casa, tal vez esperaba ya á su madre!

Con tales pensamientos, el semblante de Marcela parecía animarse; su corazón latía

con más violencia, y de cuando en cuando sacaba la cabeza por la portezuela del coche para encargarle al cochero que fuese más deprisa. Sin hablar se echaba de nuevo contra los asientos del coche. ¡No, no! esa esperanza es muy vaga; no podía realizarse, é iba á encontrar su casa vacía, desierta. No oiría en ella la charla ni las risotadas de su hija... ¡Ah! ¡Iba á llegar demasiado pronto! ¿No sería mejor conservar un instante más aquel fulgor de esperanza, por débil que fuese, que ver levantarse ante ella la implacable realidad?

Bien pronto se paró el carruaje; se apeó de él, y, á pesar de su resolución, se dirigió corriendo á la portería. No podía hablar, no se atrevía á preguntar. Por fin, con voz temblorosa, dijo estas palabras:

—¿La habéis visto? ¿Ha venido?

—¿Quién, señora?

—¡Mi hijal... Luisa...

La portera reflexionó un instante... un siglo... y después contestó:

—Sí, ha vuelto con el señor Didier, hace una hora lo menos; yo no la he visto, estaba dentro de la portería, pero he distinguido un traje blanco y he oído á la señorita que decía: «Despáchate, que están esperándonos.»

Marcela no oía ya. Subía la escalera apre-

suradamente. Gruesas lágrimas, de alegría esta vez, corrían por sus mejillas, oscureciendo su vista. Pero no tenía necesidad de ver, subía y subía siempre con sorprendente agilidad, entregada por completo á este pensamiento: «Está arriba, la abrazaré cuanto antes.»

Al llegar al cuarto piso se detuvo y tiró con fuerza de la campanilla.

Un joven de veintiocho á treinta años salió á abrir, y al verle exclamó Marcela:

—¿Y mi hija? ¿dónde está mi hija?

VII

Aquellas palabras causaron viva emoción en quien las oía. Titubeó, se puso descolorido, y quiso á su vez preguntar á Marcela. Sin darle tiempo para hablarla, le apartó de sí y se lanzó en la habitación.

Iba á seguirla, cuando de repente oyó un grito, y después, el ruido de un cuerpo que caía sobre el suelo.

El joven corrió hacia la sala. Marcela, desvanecida é inanimada, yacía tendida en tierra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1626 MONTERREY, MEXICO